

EL GREMIO SECRETO DE LOS LIBROS

ROBERT M. SONNTAG

Traducción del alemán de
Alfonso Castelló

 Siruela

Las Tres Edades

Índice

El viejo	13
La recompensa	25
El signo de interrogación	36
La lección	49
El escaneo	60
Los radicales	73
El ajuste de cuentas	89
El fiestón	103
El nador	115
La tienda	128
La despedida	140
La hora	153
El encargo	163
Gracias	173

Para Fanni-2-Fanni

Clic. ¡Olvida el ruido! En 2035 ya no se oye ningún clic. *Zzzp*. Así suena el futuro. Así suena todo. Absolutamente todo. Es lo que se oye en julio de 2035.

Así era también con vosotros. Y con el viejo. Y con Ultramet. Y con el gran estallido. Y con todo. Pero vamos por partes.

El viejo

Zzzp. La puerta de nuestro compartimento del metrodeslizador se abrió.

—Buenos días, y perdonen la interrupción. Me llamo Lukas y hace cinco meses que vivo en la Zona C, y por desgracia dependo de su ayuda. Si tuvieran algo de dinero para mí... —dijo señalando el receptor móvil que colgaba de su cinturón—. O si no un par de pastillas de aroma, o un par de horas para mi cuenta de móbril... —Se tocó el soporte del móbril de la cabeza, que reaccionó con un *zzzp.* Solo tenía cristal en un lado, el otro ojo nos miraba directamente—. Me viene bien cualquier cosa. Y perdonen la interrupción.

Odiaba a los de la Zona C. Me recordaban la amenaza constante que suponía descender de la Zona A a la Zona Caos, como llamábamos los de la Zona A a la Zona C. También me recordaba a mi jefe, Nomos. «¡O cumplís la cuota o a la Zona C!», solía decir. Odiaba a Nomos tanto como a los de la Zona C. Y odiaba el metrodeslizador.

El metrodeslizador atravesaba la ciudad a toda velocidad por el raíl magnético. Aceleraba y frenaba en cues-

ción de minutos, de estación a estación, y yo no podía soportar tantas curvas.

Íbamos tres en el compartimento veinte. Yo iba agarrado a los reposabrazos; enfrente de mí se sentaba Jojo, mi mejor amigo, y a mi lado había un viejo, con el que empezó todo.

Era uno de mis últimos viajes en metrodeslizador. No me refiero de esa semana o ese día, sino de toda mi vida. En poco tiempo todo aquello iba a convertirse en saber antiguo para mí, pero en aquel momento, en el compartimento con Jojo y el viejo, no tenía ni idea.

El viejo a mi lado hizo un gesto con la cabeza al de la Zona C, que sonrió y desconectó su receptor móvil de pagos. *Zzzp*. Volvimos a quedarnos solos en el compartimento cuando se fue el de la Zona C. El viejo tenía el pelo largo y gris. De su sudadera negra con capucha asomaba el cuello de una camisa amarilla.

Yo estaba perplejo; nunca había visto a una persona con tanto pelo. Yo era calvo, Jojo también, y seguro que los demás pasajeros del deslizador, sin importar la edad o si eran hombres o mujeres. Era un mundo limpio y rasurado. Calvo. Calvo y bueno.

Me quedé mirando al hombre. Él me echó un vistazo y sonrió. Apurado, desvié la mirada hacia la ventana, hacia las franjas de cemento que iban pasando. Cada franja era un bloque de viviendas; en cada bloque vivían doscientas familias; cada familia tenía un hijo, siempre que el gobierno zonal aprobara la solicitud de los padres. Y no todos podían tener hijos; como mis vecinos, por ejemplo. Habían superado el examen financiero (los dos A+), pero habían suspendido la prueba de aptitud genética (¡con una desviación de más del 1,3 por ciento sobre el valor normal!).

Las gotas de lluvia golpeaban la ventana de nuestro compartimento y dejaban finas trazas.

—Mañana tenemos que buscar en el parque.

—Eso va a ser eterno. ¿Cuál es nuestra cuota? —pregunté.

—Vamos mal. Solo dos a la semana.

Fruncí los labios y negué lentamente con la cabeza. Dos era realmente malo, no llegaba para pagar las facturas. Jojo y yo encontrábamos cada vez menos.

—¿Te acuerdas de cuando empezamos? —le dije.

—Apenas teníamos tiempo para respirar con tanto escaneo —respondió.

Jojo y yo trabajábamos para Scan, S. A., una filial del grupo Ultranet. Nuestros jefes querían erradicar de este mundo calvo el papel. «¡Todo el conocimiento para todos! ¡En cualquier momento! ¡Gratis!», ese era su lema. Nosotros ayudábamos a Scan, S. A. a hacer realidad ese sueño. Jojo me había metido en esto, y yo formaba parte del sueño.

—El tiempo de los agentes de libros ha pasado —dijo Jojo.

Yo había dejado de contar los bloques de casas al llegar a ciento treinta y dos.

—¿Y si estamos haciendo algo mal?

—Hemos encontrado a todos los lectores, simplemente eso es —dijo Jojo—. Hemos comprado todos los libros, hemos escaneado toda la palabrería.

Jojo era un pesimista.

—¿Y si nos cambiamos de sección? —propuse.

—No quiero buscar mapas polvorientos.

—¿Cuadernos de notas?

—¡No!

—¿Cartas?

—Olvídalo, anda. Y antes de que preguntes, tampoco carpetas mohosas llenas de papeles.

—A lo mejor los otros jefes de equipo son...

—¿Más simpáticos que Nomos? ¡Ya te gustaría!

Nomos nos perseguía en la oficina de seminario en seminario, de reunión en reunión. Él era quien nos entregaba el efectivo con el que convencíamos a los lectores y quien nos daba nuestra parte. El beneficio no era mucho, pero mejor eso que nada.

Antes de empezar en Scan, S. A. estaba desesperado por encontrar un trabajo. Tuve que dejar los estudios de Saber Antiguo después de un par de meses; la matrícula era muy cara y no podía pagarme las lecciones de móvil, por no hablar de las clases reales en la universidad: los precios estaban por las nubes incluso para la última fila.

Al principio no quería admitirlo. Buscaba otros trabajos, y la vieja maestra, mi profesora favorita, aunque tampoco podía llamarme, me enviaba todos los días anuncios a través del móvil: «Curso rápido: Conviértase en profesor de Todo en cuatro semanas (licencia Zona B)»..., «Residencia de mayores en Zona C busca cuidadores comprometidos. No es necesaria experiencia previa»...

Después de dejar los estudios encontré este trabajo de agente de libros y, aun después de llevar tiempo trabajando para Ultranet, seguía recibiendo sus anuncios. Un día la administración zonal eliminó mi carrera: una agencia privada (Master & Partner) le había dado una mala calificación. «Este paso es necesario debido a la escasez de patrocinios», decía el anuncio de la administración zonal. Y «¡Es un paso hacia el futuro!». Hasta yo lo entendí enseguida. Todo el saber antiguo se había digitalizado

hacía tiempo, cualquiera podía consultarlo en la Ultrapedia. ¡En cualquier momento! ¡Gratis!

Mi jefe se había burlado de mí en la entrevista cuando repasó los estudios de mi época universitaria.

—¿Saber Antiguo? ¿Qué quieres hacer con eso?

—Me interesa la política. Además, soy curioso, y pensé que quizá...

—¡Estudia el futuro! —me interrumpió Nomos a voz en grito—. Interésate por lo nuevo, no por lo viejo. ¿Entendido?

Lo entendí y conseguí el trabajo.

La administración zonal anunció el fin de Saber Antiguo en la universidad, y mi vieja maestra desapareció sin dejar rastro. Sin un mensaje de móbril. No volví a recibir sus anuncios, ni un aviso, ni nada de nada. Y me preocupé. Estuve un rato buscando familiares suyos en su perfil de Ultranet. Solo tenía 500 amigos registrados (yo tenía 8.500) y ningún mejor amigo *premium* (yo 650).

Les mandé un mensaje a todos sus amigos y solo me contestó un tal Joni-Zona-B: «Después del acto de despedida en la universidad no volvió a aparecer por casa». No tengo ni idea de cómo lo sabía Joni-Zona-B, estaba seguro de que ella no vivía en la Zona B.

El trabajo en Ultranet con Jojo me distraía. Lo conocía desde el colegio, y en las pruebas finales habíamos formado un buen equipo: yo hice su examen de saber antiguo (el tema principal fue «2015: Del colapso financiero a la guerra») y él hizo mi examen de matemáticas (ni idea del tema). Simplemente nos cambiamos los móbriles; de todos modos a nadie le interesaba si hacíamos trampas. Había cuatrocientos alumnos pegados unos a otros en aquel salón, a los profesores solo los había visto por mó-

bril en los últimos cursos, y a algunos ni eso. Al acabar el colegio, Jojo estudió en una universidad privada de Ultramet, pero debió de dar bastantes tumbos y al final acabó con los agentes de libros.

Jojo y yo llevábamos un rato callados en el metrodeslizador. Yo volví a contar bloques de pisos, luego le diría a Jojo que calculara cuánta gente vivía en ese barrio. Pero no hubo tiempo: el viejo a mi lado sacó un libro. Sin duda nos había oído y querría dinero.

—¿Cuánto quiere por ese fardo de papeles? —preguntó Jojo ni dos segundos después.

Nosotros nunca decíamos «libro», hablábamos de libracos, legajos, mamotretos o tochos. Eso es lo que habíamos aprendido con Nomos en la central; en cada seminario nos repetía lo mismo: «¡Pensad en nuestro sueño! ¡Todo el conocimiento para todos! ¡En cualquier momento! ¡Gratis!».

El viejo no respondió a Jojo, sino que abrió el libro, se recostó y empezó a leer. Pero Jojo no se rendía tan fácilmente:

—Supongamos que le doy uno de diez.

Era una cantidad ridícula, pero así era como solíamos tener más éxito: primero ofrecíamos una nimiedad y los lectores defendían sus papelotes: «El libro no está en venta», «La palabra impresa es impagable», «Esta obra nunca cambiará de dueño». Entonces tocaba la segunda fase, que consistía en que Jojo sacaba un fajo de billetes de cien. Veinte billetes. Eso desarmaba a cualquiera.

Ya nunca se veía tanto efectivo junto porque se utilizaban los receptores móviles de pagos y las huellas digitales. Solo nosotros llevábamos dos mil en efectivo. Y siempre ofrecíamos más: «Esto es por esos papeles.

Por cada fajo de papeles impresos que tenga, le daremos dos mil quinientos. Por cada lector que conozca y cuyo nombre nos proporcione, otros mil». Y, por si eso no era suficiente, añadíamos en tono dramático: «Esta es nuestra última oferta, y es válida únicamente durante los próximos dos minutos», y sacábamos del bolsillo un cronómetro, un cronómetro con una tira de plástico, que proyectaba números rojos en la habitación. *Zzzp*, y el tiempo empezaba a correr: dos minutos, un minuto cincuenta y nueve segundos, un minuto cincuenta y ocho, un minuto...

Casi todos los lectores estaban dispuestos a vender en los primeros quince segundos. Los testarudos tardaban más de un minuto. Más o menos medio año antes, uno rompió a llorar delante de nosotros: la oferta lo sobrepasaba. Algunos lectores se negaban a vender su libro, hasta que nosotros borrábamos todos sus principios con nuestros veinte billetes. Conseguíamos todos. Casi todos. A uno de cada diez no podíamos comprarlo con dinero, bien porque ya tenía suficiente o porque era un fanático. Un loco de los libros, en el peor de los casos incluso un bibliófilo. Ese era el objetivo favorito de Scan, S. A. En los seminarios de Ultramet nos lo enseñaban de manera sencilla: lector empedernido igual a fanático, fanático igual a coleccionista, coleccionista igual a muchos libros, muchos libros igual a mucho dinero para los agentes. Y a los agentes como nosotros nos gustaba oír cosas así.

Por mucha motivación que tuviéramos, al final una de cada diez veces no lo conseguíamos. Para esos casos de lectores obstinados, Ultramet tenía otro procedimiento: conseguir el máximo de información personal posible; de dónde venían, adónde iban. Por supuesto,

lo mejor era averiguar su nombre y su dirección. Todos esos datos se los pasábamos a Nomos, que nos respondía llamándonos «inútiles RUCAHU (ruinas de capital humano)», por haber sido incapaces de convencer al lector para que vendiera. Después de calmarse, solía darnos una pequeña recompensa, siempre que los datos fueran útiles. Así era siempre para nosotros, los RUCAHU.

Ni idea de qué hacían con los datos de los lectores, no nos interesaba. No teníamos mucho ánimo, sobre todo en los últimos meses. Simplemente no encontrábamos más lectores. Nos pateábamos la ciudad de una punta a otra con el deslizador, horas y horas; la mitad del tiempo yo estaba en el aseo. Caminábamos por los garajes de la Zona A, husmeábamos por los bares de aroma, llamábamos a las puertas de las casas, inspeccionábamos las salas de espera de médicos y oficinas públicas, íbamos a todas las direcciones que nos habían dado otros lectores. Pero nada. Los días pasaban sin que encontráramos un solo lector.

Por eso, el viejo del metrodeslizador era importantísimo para nosotros; y para nuestra cuota. Yo no abrí la boca; había algo diferente en este lector, y no me refiero a su aspecto peludo. No había reaccionado a la ridícula oferta de Jojo, ni siquiera un gesto. Había seguido leyendo sin prestarnos atención. Así que Jojo continuó con su estrategia: desplegó los billetes sobre la mesa entre él y el viejo, pero este no movió un músculo. Eso sí que me sorprendió; todos los lectores se quedaban boquiabiertos al ver tanto dinero, daba igual lo cabezotas que fueran. El plan original de Jojo era repetir las frases que habíamos aprendido, pero tuvo que improvisar porque el viejo ni siquiera miró la mesa.

—ENTRE NOSOTROS hay dos mil en efectivo. —Luego la charla estándar—. Esto es por esos papeles. Por cada fajo de papeles impresos que tenga...

—Me dais otros dos mil quinientos. Por cada lector que conozca y cuyo nombre os proporcione, otros mil —completó el viejo en tono aburrido.

Jojo me miró; yo me encogí de hombros. El viejo canoso cerró el libro, lo puso sobre los billetes y me miró directamente, como si Jojo no estuviera allí.

—Te lo regalo. Pero antes de que lo escanees y lo destruyas para siempre, tienes que leerlo. ¿Me lo prometes?

Me quedé helado. Ningún lector nos había entregado su libro así sin más, y desde luego ninguno me había pedido que lo leyera. ¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué quería que lo leyera precisamente yo? Lo único que tenía claro es que con aquel tipo no íbamos a ganar nada de nada.

Jojo se inclinó hacia mí y me susurró por encima de la mesa, tapándose la boca con la mano:

—Este está loco. Vamos a otro compartimento. Daremos parte de esto, pero antes necesitamos un par de datos.

Yo no dije nada, no podía ni asentir ni negar con la cabeza. La situación estaba totalmente patas arriba.

Jojo se mantuvo sereno. Volvió a ponerse recto, apartó el libro a un lado, recogió el dinero y siguió con su trabajo:

—Para algunos un mamotreto así tiene mucho valor. Por supuesto, respetamos su deseo. Por cierto, me llamo Alex. Este es Paul —dijo, señalándome—. Trabajamos para Scan, S. A. Como seguramente sabrá, queremos que el conocimiento sea accesible en cualquier momento y de forma gratuita. ¿Podríamos volver a hablar con usted en otro momento, señor...?

Era vergonzoso el triste intento de Jojo de conseguir el nombre del lector.

—Bergmann, Arne Bergmann —respondió el viejo para mi sorpresa; y, antes de que Jojo pudiera continuar, añadió—: A Nomos le bastará con eso, Jojo. Estoy seguro. ¿Qué opina su colega Rob?

Jojo trabajaba como un móbril. Almacenaba en su cabeza cuanto aprendíamos en los seminarios de Ultramet y echaba mano de todo aquello cuando lo necesitaba. Para cada comentario, nos aprendíamos de memoria la respuesta correspondiente. Una vez, un lector quiso discutir con nosotros: «¡No entiendo para qué necesita Ultramet todos y cada uno de los libros! Seguro que habéis comprado y escaneado este título mil veces». Nuestra respuesta no tardó ni un segundo: «Quizá no tenemos esta edición exacta. A lo mejor usted, como lector, ha escrito valiosas notas al margen, ha subrayado pasajes, y todo eso puede ser muy útil para otras personas. Sus anotaciones pasarán a formar parte de la posteridad. Cada artefacto impreso tiene su propio carácter». Eso tocaba al lector en su vanidad.

Nadie podía sorprendernos, estábamos preparados para todo y para todos, menos para este Arne Bergmann, que conocía el nombre de Nomos y ¡nuestros nombres verdaderos!

Jojo estaba buscando la reacción adecuada. Permanecimos callados. Tardó más de lo normal, pero su cerebro no paraba de trabajar. Entonces recordó el último de los diez puntos del argumentario para agentes de libros: «En caso de comportamientos inusuales, ¡contacte de inmediato con el jefe de equipo! ¡Comunique íntegramente los datos conseguidos!». Se levantó con demasiada brusquedad, según me pareció.

—Señor Bergmann, gracias por esta charla.

Me tiró de la manga de la chaqueta para que fuera con él, pero yo me quedé como pegado al asiento, preguntándome aún por qué el viejo se había dirigido a mí y por qué seguía mirándome. Jojo desapareció en el compartimento contiguo.

—Lo siento, tenemos que continuar la conversación en otra parte; ahora tengo que irme —me confesó Bergmann.

—La siguiente estación está en la Zona C. Yo en su lugar no me bajaría ahí —acerté a decir, a pesar de que tenía mil preguntas rondándome la cabeza.

El viejo sonrió y se guardó el libro bajo la sudadera.

Ya frente a la puerta, se giró hacia mí.

—¡Hasta pronto! —se despidió, como si fuera un acertijo. Y antes de que pudiera preguntarle nada, continuó—: Estás pálido, no te sienta bien esto del metrodeslizador.

Me pasó la mano por la calva, se puso la capucha y desapareció por el estrecho pasillo.

«Próxima estación: Zona C, Barrio Tres, parada de un minuto», anunció una voz suave de hombre. El metrodeslizador cogió una curva cerrada a toda velocidad, y enseguida pasó de demasiado rápido a cero.

Salí corriendo hacia el aseo y vi que Jojo continuaba en el compartimento de al lado. Tenía el móbril encendido, probablemente hablaba con Nomos. Me miró por encima de los cristales y sonrió con el pulgar hacia arriba. Me señalé las tripas y seguí corriendo.

El metro ya estaba en la Zona B cuando pulsé el botón del grifo. Me giré hacia el lavabo, temblando. El agua fría me recorría las manos, la cara, la frente, el cráneo pelado, la nuca. Me incorporé, apoyé la frente, maldije, abrí

los ojos. En el espejo vi un agente de libros pálido, cansado y calvo. Además de eso, había algo escrito a mano con letras verdes:

«Mañana por la mañana, 8 h, Café Sunshine, Zona C, Barrio Veinte. ¡Hasta pronto! Arne».